Ángel González

Antología poética

Selección del autor
Introducción de Luis Izquierdo

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1982
Tercera edición, actualizada: 2016
Segunda reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Ángel Gónzalez
© de la introducción: Luis Izquierdo Salvador, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-311-9
Depósito legal: M. 411-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Introducción: Desde las palabras de Ángel González, por Luis Izquierdo

De *Áspero mundo* (1956)

49 [Para que yo me llame Ángel González]
50 Cumpleaños
51 Eso no es nada
51 Muerte en la tarde
52 Muerte en el olvido
53 [Mientras tú existas]
54 [Adiós. Hasta otra vez o nunca]
54 Final
55 Capital de provincia
56 [Alga quisiera ser, alga enredada]
56 [Por aquí pasa un río]
57 La lluvia
58 [El otoño cruzaba]
59 [Apoyas la mano]
59 Pájaros
60 [Son las gaviotas, amor]
61 [Milagro de la luz: la sombra nace]
61 Bosque

De *Sin esperanza, con convencimiento* (1961)

65 [Otro tiempo vendrá distinto a éste]
66 El derrotado

67 [Mundo asombroso]
68 El campo de batalla
70 [Esperanza]
71 Reflexión primera
73 Crisis
73 [Trabajé el aire]
74 Ayer
76 El invierno
76 Porvenir
77 Diciembre
79 Mensaje a las estatuas
80 Historia apenas entrevista
81 Símbolo
82 Discurso a los jóvenes
85 Entreacto
87 [Orador implacable y solitario]
88 [Pájaro enorme, abres]
89 Pastor de vientos

De *Grado elemental* (1962)

93 Nada es lo mismo
94 Estío en Bidonville
96 Noticia
98 Camposanto en Colliure
100 Introducción a las fábulas para animales
102 Nota necrológica
105 Alocución a las veintitrés

De *Palabra sobre palabra* (1965)

109 Me basta así
111 En ti me quedo

De *Tratado de urbanismo* (1967)

117 Inventario de lugares propicios al amor
118 Jardín público con piernas particulares
120 Interpretación metafísica
121 Los sábados, las prostitutas madrugan mucho para estar dispuestas
124 Lecciones de buen amor
128 Parque para difuntos
130 Preámbulo a un silencio
131 Vals de atardecer
132 Canción para cantar una canción
133 Qué le vamos a hacer
134 Canción de invierno y de verano
135 Evocación segunda
137 Primera evocación

De *Breves acotaciones para una biografía* (1971)

143 Otras veces
144 Siempre lo que quieras
144 Meriendo algunas tardes
145 Eso era amor
145 Mi vocación profunda
146 Así nunca volvió a ser

De *Procedimientos narrativos* (1972)

151 Del campo o de la mar
153 Égloga
154 Quinteto enterramiento para cuerda en cementerio y piano rural
155 Realismo mágico
157 Final conocido

157 Ciencia aflicción
158 Fábula y moraleja

De *Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1977)

161 Introducción a unos poemas elegíacos
162 Entonces
163 Sonata para violín solo (Juan Sebastián Bach)
164 Reverbera la música en los muros
164 A veces, en octubre, es lo que pasa...
165 Inmortalidad de la nada
166 Epílogo
166 Todo se explica
167 Divagación onírica
168 Horóscopo para un tirano olvidado
170 Poética, a la que intento a veces aplicarme
170 Glosas a Heráclito
171 Yarg Nairod
172 Dato biográfico
173 Notas de un viajero
176 Texas, otoño, un día
177 Acoma, New Mexico, diciembre, 5:15 p. m.
178 Chiloé, septiembre, 1972 (Un año después, en el recuerdo)
179 Ilusos los Ulises

De *Prosemas o menos* (1985)

183 El día se ha ido
184 Acaso
185 Así fueron
186 Rosa de escándalo (Albuquerque, noviembre)

187 El Cristo de Velázquez
188 Invitación de Cristo
188 Avanzaba de espaldas aquel río...
189 Hipótesis absurda, por fortuna
190 Poeta joven
190 [Tanto universalizar]
191 S. M. nos contempla desde un daguerrotipo
192 Glosas en homenaje a J. G.
193 Más fuerte que el amor
194 Todo amor es efímero
194 ¿Sabes que un papel puede...?
194 Carta
195 Así parece
197 Vean lo que son las cosas
198 La ceniza de un sueño

De *Deixis en fantasma* (1992)

201 Deixis en fantasma
202 Último sueño
202 Todavía, la memoria alevosa
203 Autorretrato de los sesenta años
203 De otro modo
203 Sol ya ausente
204 Ya nada ahora

De *Otoños y otras luces* (2001)

209 El otoño se acerca
210 Entonces
210 Casi invierno
211 Ciego
212 Estos poemas

212 Quise
213 Canción de amiga
213 Nada más bello
214 La luz a ti debida
214 Alba en Cazorla
215 Viejo tapiz
216 Aquel tiempo
217 Luna de abajo
218 Aquella luz

De *Nada grave* (2008)

221 Orazal
222 Hoy
222 Arte de magia
223 Caída

225 Índice de primeros versos

Introducción
Desde las palabras de Ángel González

Veinte años han transcurrido desde la aparición de esta antología que, como todas las suyas, ha dispuesto el propio autor. La selección resume una aventura poética rigurosa y varia, plena de notas críticas recurrentes. La atención a la realidad, a desentrañar el sentido de las cosas y a despertar el interés del lector por el devenir histórico y social, caracteriza el rumbo de los poemas. Complementaria de este aspecto, y envolvente de sensualidad en los versos, la dimensión amorosa verifica con su latido íntimo al personaje de los textos. Además de su valor estético y testimonial, la disposición del discurso revela una subjetividad en tensión con las circunstancias que de diversos modos la determinan.

La conciencia de la voz propia en el escenario colectivo representa una encrucijada de humores que sustenta la coherencia estilística y que modula con el tiempo algunos cambios de perspectiva. Como en toda antología,

aquí se ofrece un estímulo introductorio al conjunto de la obra, y se apuntan las líneas formales y temáticas que la vertebran. Desde el ayer, ya hoy secular, hasta la interrogación por el futuro, los poemas arguyen que el más allá se vive en el presente. Al registro de lo nuevo en el campo de la estética ha de corresponderse una atención a las realidades del drama humano colectivo. Ello se hace evidente desde la estupenda antítesis de *Áspero mundo,* hacia el final de su segundo poema: «la enloquecida fuerza del desaliento...».

Desde esos puntos suspensivos, la voz de Ángel González ha seguido pronunciándose –sucesiva, flexible y gravemente irónica– con *Prosemas o menos* (1985), *Deixis en fantasma* (1992) y *Otoños y otras luces* (2001). Con excepción de la última, reúne sus entregas sucesivas *Palabra sobre palabra* (2002), título que adopta desde la breve entrega amorosa publicada en 1965.

El giro sereno del libro más reciente, con su sobria ternura, enlaza con el conjunto de la obra desde *Áspero mundo,* todo un augurio –con su epíteto emblemático– de poemas futuros. Su ironía característica sigue prevaleciendo diáfana. Destacan, constantes, la materialidad sensual de asentimiento a la vida y una paradójica reticencia, a la vez, frente al mundo. Menos decantado al sarcasmo que libros anteriores, *Otoños y otras luces* muestra, no obstante, retornos al primer asedio creador, desde una perspectiva recapituladora de los humores que, palabra sobre palabra, la han ido conformando.

Al crítico, lector al fin y al cabo del poeta que le ha acompañado a lo largo de los años y en las aulas, le incumbe la tarea de apuntar los rasgos significativos de

esta producción. El ayer y la sucesión de los días configuran su latido temporal expreso. *Otoños y otras luces* acentúa dicha línea de nostalgia resistida al paso de las estaciones revisitadas a lo largo del tiempo. Y observa que al volver a poemas anteriores, los últimos los hacen gravitar con otra hondura, una luz de fondo que rescata de modo especular las galerías de la obra entera.

Ángel González parte de la conciencia existencial de iniciarse a la vida y de advertir las resistencias de ésta para resolverse en palabras. En palabras vivas y, por lo tanto, en una labor poética consciente del hombre que, como ya dijo Hölderlin, habita en el poeta. Una idealidad lírica que le sitúa en el contexto de la poesía contemporánea (de Rilke a Brecht, de Juan Ramón a Jorge Guillén), al hilo de la tradición romántica en lucha implícita con lo real: el horizonte del río que nos lleva. Al hombre que ha de latir en el poeta (como ocurre desde Bécquer en la poesía española contemporánea, según apuntó certeramente Juan Ramón Jiménez)[1], se añaden las estrategias de un oficio atento a las circunstancias. Ética y estética, inseparables, conforman así un mundo reflexivo hecho de interrogaciones y claros enigmas, nunca desvinculado del primer impulso y de la atención al mundo

1. Dice J. R. Jiménez: «La poesía española contemporánea empieza, sin duda alguna, en Bécquer [...] porque Bécquer tiene ya, [...], aparte de su contemporaneidad cronológica, un traje moral gris moderno». En *Estética y ética estética,* Aguilar, Madrid, 1967, p. 152. A propósito del Juan Ramón preferido por Ángel González, destaca éste «el de la primera época, sentimental y elegíaco, sensual y colorista», o sea el autor de «Esto», de «Libros de amor», de «La frente pensativa», que la *Segunda antolojía poética* selecciona ejemplarmente. Véase Ángel González, *Juan Ramón Jiménez. Antología,* Ediciones Júcar, Madrid, 1974, p. 9.

real. ¿Poesía realista? Nunca y casi del todo, en esta poesía. Lo real aparece tamizado por una subjetividad que hasta accede al ámbito de lo visionario. Una poesía de la imaginación que, como demuestran sus versos, sabe ser crítica. Y cívica, como se la caracteriza a menudo.

Expansión y contención: desde *Áspero mundo*

Áspero mundo anuncia desde el título la conciencia reactiva de Ángel González. El tono de afirmación confidencial trasunta el rechazo juvenil frente al entorno y revela su tendencia a no sublimarse en la sola belleza de las palabras: el mundo es resistencia, obstáculos, limitación. Y el poeta se orienta a una estética integradora de tales dificultades y eficaz en vertebrar la verdad de las cosas según las siente: es decir, su precariedad singular, su fugacidad memorable, el destello de su agonía. La intensidad del momento pasa a un discurso consistente en captar el vaivén que va del mundo ideal, acendrado en ráfagas precisas de luz, al registro concreto de la erosión y el desgaste que la experiencia conlleva.

Fiel a su contexto formativo inmediato (familia republicana y, por tanto, de nada fácil acomodación en la posguerra civil, años de estudio y lecturas de Juan Ramón y de Antonio Machado, ingreso en el Ministerio de Obras Públicas), los poemas de su primer libro trascienden ya la sola huella de lo personal. Son numerosos los poemas de amor y, característicamente, la sensualidad que los recorre. Mucho se ha subrayado el primer aspecto, pero el sensual, incluso irónico, de la obra conjunta

aflora de manera progresiva. Hasta *Otoños y otras luces* se retroproyectará esa línea de fondo, y el lector comprende así que los poemas de marcado acento crítico, o de lúcido desvío ante un entorno gris y ordenancista, indican algo más que un rechazo; pues son complementarios a sus elegías amorosas, a su canto a momentos irrepetibles del tiempo, albas y paisajes salvados en la instantaneidad fugaz de lo que, como sabe el poeta, sólo pasa. Y pasa.

El poeta evoluciona y se acendra en su proceso creativo. Las *notas de solidaridad y afecto fraterno,* que subrayó Emilio Alarcos Llorach en su decisivo estudio *La poesía de Ángel González,* son además un rasgo que enlaza al autor con ciertos legados del 27. El verso «una mirada queda, si pasamos», como tantos «poblados de antiquísimos regresos», de Pedro Salinas, pasa a otro registro más concreto y testimonial. *Áspero mundo,* más allá de los sufrimientos y de la grisura de la posguerra, se reconoce en otra realidad y otras posibilidades, las que efunden los cuerpos, por ejemplo. Dos líneas temáticas de relieve manifiestan sus páginas: de una parte, la averiguación conflictiva del yo poético; de otra, la entrega al curso de la vida en sus instantes privilegiados, cuando la contemplación amorosa parece disipar las sombras. Perfectamente lo caracterizan estas líneas:

> Cuando el poeta vibra ante el amor, el tiempo se para: sólo luce como en éxtasis eterno ese Tú a quien se dirige. Nótese cómo en casi todos los poemas amorosos de este primer libro no hay movimiento temporal [...] son visiones estáticas de ese amor inconmovible, en torno al cual todas las cosas,

incluido a veces el poeta, son accesorios que delimitan o perfilan el Tú esencial[2].

Se trata del Tú que detiene el tiempo en instantes de intensidad vital, un Tú que equivale al espacio del gozo. El lector lo advierte a salvo de la monotonía, como una isla existencial «que extrae al ser del decurso temporal y lo fija en una especie de eternidad compacta»[3]. La parte final del libro, subtitulada *Acariciado mundo,* contiene los poemas reveladores de estas características, por ejemplo el extraordinario «Son las gaviotas, amor»: Ahí, contra el «mar de invierno», sólo las piernas, «tus dulces piernas, enternecen a las olas». O también el primero de dicha sección, «Por aquí pasa un río», que destaca Emilio Alarcos:

> Si vas deprisa, el río se apresura.
> Si vas despacio, el agua se remansa.

A este acariciado mundo, como una invocación de anhelos y nostalgias, se opone el *áspero,* en el extraordinario «Para que yo me llame Ángel González». El autor ve la figura poética sin contemplaciones, dentro de la corriente humana en la que se sabe inserto. El gozo es fugaz, y su conciencia se proyecta frente a un porvenir reiterado con ironía; mediante precisas antítesis, recapitula persona y circunstancia a la vez:

2. Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Ángel González,* Ediciones Nobel, Oviedo, 1996, p. 27.
3. *Ibid.,* p. 29.

yo no soy más que el resultado, el fruto,
lo que queda, podrido, entre los restos;
esto que veis aquí,
tan sólo esto:
un escombro tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,
que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento...

Este final en puntos suspensivos sitúa al poeta en compañía y asociable al grupo que Juan García Hortelano caracterizó memorablemente:

> Tras la guerra, el desierto. [...] La calle se ha perdido, se ha restablecido la disciplina [...] Exilio de la inteligencia, opresión del pensamiento y silencio conforman respectivamente, para quienes viven sus años de aprendizaje, ausencia de maestros, represión mental y mengua de instrumentos culturales. Sólo lograrán sobrevivir los que se eduquen a sí mismos. Tras precoces, autodidactas[4].

Aparte de la energía necesaria para alcanzar, con tan menguado bagaje, una expresión autónoma lograda tras el ejemplo reciente y aun paralelo de la llamada poesía social, el entendimiento de la tarea poética requería cambios que orientaran distintamente su función. Es lo que

4. Juan García Hortelano, *El grupo poético de los años 50,* Edit. Taurus, Madrid, 1978, p. 13.

procuran quienes en torno a 1960 imprimen otro acento teórico a la poesía española. En la década de los años cincuenta, Alfonso Costafreda, José A. Goytisolo, Gil de Biedma, Carlos Barral, J. M.ª Valverde, Claudio Rodríguez, José A. Valente, José M. Caballero Bonald y Ángel González configuran una producción de signo menos imprecatorio que el de sus predecesores. Si al entendimiento de que «España ya no es una invocación» se une «La desolada autoeducación»[5] de la que parten estos poetas, el tono habrá de asumir otras características. Y otra será asimismo su distancia respecto a la guerra porque, al vivirla durante su niñez, la recuerdan como un paréntesis de libertad pese a la tragedia y los estragos cuyas consecuencias habrán de conjurar más tarde.

El acento airado de los incluidos en la llamada poesía social (de Celaya y Blas de Otero a un José Hierro más confidencial) se manifiesta ahora con otra suerte de rechazo frente a una misma posguerra amordazada en el silencio. Igualmente enfrentados a tal contexto, estos poetas son menos lapidarios.

Con el primer título, sin llegar a la crítica radical y a menudo regocijante y paródica de los siguientes hasta *Tratado de urbanismo,* Ángel González consigue un tono que, de la responsabilidad al compromiso político, sabe partir de vivencias personales muy meditadas. La inflexión didáctica en sus poemas es en cierto modo paradójica. Pues, en el fondo, lo que propicia al lector es una higiene saludable y divertida, mientras éste atienda al en-

5. *Ibid.,* pp. 32 y 15.

vite de desenmascarar los tópicos sociales y a no dar nada por sobrentendido.

Del primer libro a los dos siguientes, ocurre el trato de Ángel González con J. A. Goytisolo, Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral. Son circunstancias, aunque ya conocía a Carlos Bousoño y a Vicente Aleixandre, que acompañan su vocación poética. Funcionario del MOP desde 1954, pide la excedencia por un año y al siguiente marcha a Barcelona, donde trabaja como corrector de estilo para editoriales. Por entonces, se van relacionando los poetas que, junto a los barceloneses, conformarán el grupo de los años 50. En febrero de 1959 se conmemoran los veinte transcurridos desde la muerte de Antonio Machado. Además de dirigentes del Partido Comunista, se reunieron varios autores: Ángel González, los de Barcelona citados y Josep M. Castellet, Alfonso Costafreda, José A. Valente, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Germán Bleiberg; y alguno más. Carlos Barral lo ha referido en sus memorias. Ángel González entabla amistad con Juan García Hortelano, Gabriel Celaya, Caballero Bonald. A 1961 y 1962 pertenecen *Sin esperanza, con convencimiento* y *Grado elemental* (publicado en París un año después de que la editorial Ruedo Ibérico le otorgara el «Premio Antonio Machado»). Sus poemas radicalizan la visión crítica latente en *Áspero mundo.* El propio poeta ha caracterizado *Grado elemental* como un título de clara orientación política, dentro de un proceso inseparable de lo vivido y real.

La antífrasis como muestra del *doblestar* de las palabras que, repetidas, cobran un sentido opuesto, y el tono coloquial del lenguaje, son notas características de estos

poemas. La atención a autores como Celaya o Blas de Otero suscita afinidades con ellos, pero obliga a regular sus elocuencias tajantes. El grupo de los años 50, y singularmente entre ellos nuestro autor, imprimió en la poesía del momento una inflexión discursiva necesaria.

La articulación de tal discurso, su enlace de lo subjetivo y lo testimonial, supone en Ángel González la atención debida a Juan Ramón, compatible con la progresiva que tributa a Antonio Machado. El diálogo de un hombre con su tiempo, básico en el Juan de Mairena machadiano, expresa algo fundamental:

> Esta idea de conjugar la intimidad con la historia, el conocimiento del yo con la reflexión colectiva, lo privado con lo público, es el principal nexo de unión entre la poética de Ángel González y la de Antonio Machado[6].

La poesía de Ángel González en los años sesenta

La clasificación por etapas de una sucesión de poemas siempre es, al fin y al cabo, aproximativa. Desde *Áspero mundo* a *Tratado de urbanismo* se articula un primer tiempo, con el didactismo –«enseñar al que no ve»– y una «literatura de los cuerpos», que destacó García Hortelano y recuerda Víctor García de la Concha[7]. También

6. Xelo Candel Vila, «Ángel González y su diálogo con el discurso dialéctico de Antonio Machado», en el número de homenaje al poeta de la revista *Litoral,* ed. de Susana Rivera, MMII, p. 197.
7. Víctor García de la Concha, Introducción a la antología *Luz, o fuego, o vida,* Ediciones Univ. de Salamanca y Patrimonio Nacional, 1996,

Alarcos Llorach, a propósito de «Lecciones de buen amor» comenta las ironías docentes del poeta[8]. Pero los cinco años que separan *Áspero mundo* de *Sin esperanza, con convencimiento* y *Grado elemental,* permiten no obstante considerar algo aparte el primer título. El acento acusado de las estrategias críticas hace de los libros aparecidos de 1961 a 1967 un conjunto que, en cierto modo, los separa de la visión más subjetiva del anterior.

De la protesta cívica reiterada al yo poético que se inserta entre airado y sorprendido en el curso de los poemas, la alternancia verifica una etapa de gran coherencia y solidaria progresión de recursos para involucrar al lector en los versos. Se diría que la llamada escritura, como rasgo singularizador fehaciente de las exigencias implícitas en su proceso, toma cuerpo en la obra en marcha del poeta durante los años sesenta. Precisamente hacia el final de *Tratado de urbanismo, ocurren* (el propio poeta alude así irónicamente a la inspiración) unos versos, «Qué le vamos a hacer», emblemáticos de la constancia y el estilo representativos del autor:

> Y ahora,
> con el alma vacía como tantas
> veces,
> contemplo el lento paso de los días
> que me empujan no sé hacia qué destino
> oscuro, presentido

pp. 28 y 33. La cita de García Hortelano (véase nota 4), en *El grupo poético de los años 50,* p. 29.

8. En *La poesía de Ángel González,* pp. 49-51.

ya sin curiosidad. Es aburrido
saber y no saber, equivocarse
y acertar. También estar seguro
es tan insoportable en muchos casos
como dudar, como ceder, como desmoronarse.

Seguro, a salvo, ahora
que ya pasó el dolor,
observo la zozobra lo mismo que una estela
fundida a mis espaldas
con el *espeso limo*
de los sucesos cotidianos, *dados*
–antes de ser recuerdos– al olvido.
La indiferencia ante la propia suerte
no es mejor compañera que la angustia,
ni mi sonrisa
(cuando el azar nos pone,
viejo amor,
frente a frente)
representa otra cosa que la ausencia
de algún gesto más justo
para significar la seca, dolorosa,
irreparable pérdida del llanto.

La modulación de la voz, su soterrada alarma como erosión padecida sin conciencia bastante por el hombre contemporáneo –sujeto del que habla sin contemplaciones el poeta– se refleja en ese «espeso limo», que matiza aquel «escombro tenaz» en el que se representa la figura poética del segundo de los poemas de *Áspero mundo* («Para que yo me llame Ángel González»). El precipita-

do del desengaño al que ha ido a parar el sujeto inicial pasa ahora a asumir la condición aglomerada de la desolación común. Aquella «enloquecida fuerza del desaliento» es ahora este «espeso limo» liquidador de ilusiones. Son palabras para materializar concreta la intangibilidad del sentimiento fugaz y el asedio de la melancolía. En cuanto a los «sucesos cotidianos, dados / [...] al olvido», cabe interpretar el participio como un juego de enlace con los famosos dados de Mallarmé, que jamás abolirán el azar. De modo que esos dados se entregan al olvido, pero lo propician también. Pensamiento y sentimiento entrelazados juegan a la experiencia vital que, según cómo, es memoria y, según cómo, olvido. Ese encarar los sentimientos propios a la manera de un personaje que asume su papel –de testigo no singularizado en el drama común– dibuja el trazado característico de los poemas.

Los tres libros siguientes a *Áspero mundo* decantan una objetividad crítica de la que es muestra el «Discurso a los jóvenes», de *Sin esperanza, con convencimiento.* La atención al escenario colectivo marcha paralela al planteamiento de resortes narrativos que cohesionan, como los poemas morales de J. Gil de Biedma y *Diecinueve figuras de mi historia civil* de Carlos Barral, la producción de los años sesenta.

Ángel González explora posibilidades expresivas varias, mediante la connotación, la elipsis, la paronomasia y una reticencia de voz irreductible que despliega lúcida y lúdicamente la evolución cada vez más intensa de su proceder. Lo didáctico en el mencionado «Discurso a los jóvenes», que lo es por contraste, articula su disidencia personal ante la oratoria y las liturgias de la postguerra.